

Mecánicas siniestras

Lucía
Di Peppe

*Hay cosas que
no se dejan atrás*



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Mecánicas siniestras

*Hay cosas que
no se dejan atrás*

Lucía
Di Peppe



El contorno de la lámpara se reflejaba en el escritorio. Metal macizo, como las mancuernillas de su traje a medida, como la pluma con la que firmó mi condena.

Aclaró su garganta y una sonrisa brotó de sus labios.

Desvié la mirada al pedestal, ángeles dorados lo cargaban de pequeñísimos detalles. La pantalla de cristal tintado coloreaba la luz. Pesaba aproximadamente ocho kilos.

Eso aproximé al golpearlo con ella.

Palpó la herida en su frente, inflamada su calva cabeza. Su mano izquierda resbaló sobre los papeles, sus rodillas cedieron.

Cayó y aspiró, sin tiempo a aullar. Porque de inmediato le cubrí los labios salpicados de saliva y sangre y clavé mis dedos en su cuello. Hice hueco entre músculo y arteria, sin pausa. Firme, aunque con cada pulsación sus uñas me picaran y rasgaban. Pero el pomposo traje lo estorbaba y su corbata de seda sólo me evitaba sentir la aspereza de su cuello.

Tembló, tosió y gimió.

No me detuve.

Gastó todos sus insultos, me escupió.

Sujeté entonces su mano derecha y la estiré sobre el suelo de madera, tan brillante. Mis pies se aseguraban sobre la alfombra, mi cuerpo lo mantuvo inmóvil.

—Estás perdido —Tosió, con mi pulgar en su tráquea.

Examiné su rostro azulado. Sus ojos acuosos se apartaron con un temblor, hasta que sus párpados se cerraron.

La tensión cesó, su corazón se detuvo finalmente. Y el único allí fui yo, aquel inútil, aquel estúpido estudiante, fue al último que vio, y tuvo miedo de él.

Su sangre manchaba la alfombra, la lámpara astillada.

Sentí que mi estómago se hundía, aún de rodillas junto al enorme cuerpo. Apreté la mandíbula, gotas de sangre se deslizaron del papel membretado al contorno de las letras nebulosas. Me acerqué a la luz de la lámpara, pero hasta la más minúscula, era ilegible.

Partí las hojas y las amasé con fuerza. Cuando de repente, oí un timbrazo y me giré hacia el teléfono de disco. Al levantarlo nadie contestó, pero el sonido continuó. Chilló, rabioso, en un tono que se deformó velozmente en el de una guitarra.

—¿Que no vas a atender? —Oí, y vi que el cuerpo había vuelto a levantarse.

El suelo se abrió, y caí hacia ninguna parte. Hasta que de pronto, me encuentro de regreso en el asiento del taxi.

El bolsillo de mi chaqueta zumba, el tono apenas y corta antes de que pueda contestar.

—¿Todo bien? —pregunta el conductor.

Me enderezo, el asiento está gastado. Miro al equipaje que llevo en esta vieja maleta de mi padre y me friego los ojos. Es la una de la mañana.

—Sí, disculpe, me ganó el sueño.

—Viaje largo, ¿eh?

—Largo no, incómodo —digo, y cómo no, mi cuello truezna—. Había olvidado lo pequeños que eran los asientos de los aviones.

—Para la próxima vaya en primera.

—Mejor un jet privado. —Suelto en un bostezo—. ¿Qué me dice del servicio de taxi? ¿Pagan bien el nocturno?

—Con suerte, y los turistas me dan propina al bajarles las maletas. Y el combustible está caro...

Asiento, y veo que la llamada perdida es de un número desconocido. Bueno, ya falta poco, aunque eso de ahí se ve como una reducción. Ah, mantenimiento. Para allá debe estar el centro. La ciudad es más pequeña de lo que creí, mejor así, quince minutos hasta el campus. En coche. ¿Cuánto será en bici? Primero tengo que conseguirme una.

Allí hay otro cartel de reparación.

Ojalá las cosas me funcionen...

Está bien, va a ir bien. Rine me conoce, no, ¿por qué me engaño? Si no la veo desde que tengo seis años. Pero ella es ella, seguro que lo primero que hace es apretarme las mejillas y decirme cuánto he crecido.

Si la encuentro despierta ¿Habrá sido suyo el número?

Miro al teléfono fijo en las llamadas perdidas, el conductor continúa hablando por lo bajo. Al ver los mensajes dejo salir un resoplido. Misterio resuelto, el tercer número de contacto que me envió mi madre acababa de contactarme.

Detengo el índice en torno al botón de llamada. Lo marcaría si no fuera porque literalmente estamos a punto de pasar por un túnel. Y ahí van las luces, el mapa indica cinco minutos más. Por fortuna ese tiempo no alcanza para tener otro de esos sueños.

Qué asco, todavía siento su piel en la palma de las manos. Espero no haber dicho nada en voz alta.

Oh, ya basta. Estoy unos cuantos miles de kilómetros demasiado alejado. No es como si hubiese matado a nadie.

Sólo fue un sueño.

Las luces invaden la cabina fuera del túnel. Las vías quedan atrás. Podría haber tomado el tren, pero esas cosas me perturban.

Demasiadas películas, con suerte y tengo ánimo para subirme a un avión. El pasaje estaba a buen precio, y dinero no es algo que me sobre.

Ahora mismo voy bastante justo. Lo siento, Roberto, no creo que me alcance para una buena propina. Pero podrías ponerte una guía de turismo, tienes mucho de qué hablar.

—Si busca un empleo puede que le convenga ir de repartidor.

—Déjelo así, nunca fui bueno con las direcciones. Además, ya tengo programada una entrevista, que salga bien es el asunto. De otra le pediré que venga a buscarme en una semana.

Él sonríe y se reclina contra el respaldo. El cabello rizado le cubre la frente, me guiña un ojo y baja la velocidad al mismo tiempo que al móvil se le termina el recorrido.

Mis pies hormiguean contra el pavimento. Mis maletas pesan, mi bolso se me desliza del hombro. Debo tener cuidado, llega a caer en el empedrado y adiós portátil. Lo fácil que va a ser subirme los escalones hasta la reja.

¿Cuál era su departamento?

La placa de cobre tiene doce botones, algunos con una etiqueta o letra al costado. Veo una señal de consultorio, aunque con la luz no atino a saber de qué.

Hay un botón para el encargado, será.

La verja no parece ser automática. Bueno, a esperar, la calle se ve tranquila. Pequeños locales cerrados, casas bajas, árboles cubren las farolas y motocicletas se estacionan junto a cada poste.

Los postigos en la casa de enfrente están abiertos, las luces encendidas. Bostezo, y miro nuevamente hacia el pasaje de la residencia. El edificio es viejo. Las paredes blancas se cortan con las galerías del primer piso, tapizadas por las puertas de los apartamentos. La luz de las lámparas se refleja y veo el patrón de azulejos del suelo y la fuente a mitad del pasaje.

Tiene su encanto, pero no un elevador.

Sonido de llaves, gracias Rine, el viaje se me ha hecho largo.

—Hola, señora Morris, ¿cómo se encuentra?

Su falda larga se infla con la brisa nocturna, manchas de sol cubren su piel tostada, y arrugas enmarcan sus gestos al sonreír. Es más baja de lo que recordaba, aunque sigue teniendo los hombros anchos de un leñador, y sus pisadas rebotan en el pasillo, al igual que su voz.

—¿Nilo? Qué grande estás, se te oscureció el cabello, lo llevas bastante largo —sonríe, y al instante inclina la cabeza y entrecierra los ojos—. ¿En el borde de la barbilla qué te pasó? ¿Te peleaste con un gato?

—Me caí de la bici.

—¿Por eso llevas así los pantalones? —bromea, y señala la ropa rasgada con un gesto—. Apenas te reconozco.

—Veinte años no pasan en vano, que bueno verla.

—Ah, sí, sí, pasa. A ver que abro esta cosa. La cantidad de llaves que tengo aquí no te imaginas. Cada que llevo este estropicio conmigo parece que voy con castañuelas. Debería ponerle una luz a la arcada, no veo una mierda.

—Se hace sombra... ¿quiere que yo abra?

—¿Puedes? Supongo que es esta —dice, y me pasa el gran manojito de llaves a través de la reja—. Luego te daré tu juego. ¿Qué tal el viaje?

—Estoy molido.

—Eso lo resuelve la cena.

—¿A estas horas?

—Fijo que no te dieron nada en ese vuelo de mierda más que una bolsa de maní. Vamos, te tengo el plato caliente.

En cuanto abro la reja, avanza y toma mi bolso. Al tiempo, me ase del brazo y cierra la reja con un golpe de cadera.

Recuerdo que mis padres la mencionaban cada semana. Que Rine había vuelto al Báltico, que Rine llegaría para antes de año nuevo con historias y chismes suficientes para apagar la televisión.

La última vez que la vi fue en casa. Mi madre pidió que recogiese mis juguetes y que cambiase el mantel. Papá le pasó un trapo a los cristales y fue a buscar una botella que tenía guardada para la oportuna llegada de esta trotamundos con la que se habían chocado a mitad de uno de sus únicos viajes. Diría que eran muy jóvenes, y que Egipto impresiona en persona, pero nunca tanto como Catherine Morris.

Entonces ellos le propusieron quedarse el tiempo que quisiese. Y ella, con las valijas al hombro, asintió y pasó por el umbral, cargada como una mula. Era una mujer fornida de cabello largo y suelto. Con las mejillas enrojecidas por el frío y la bufanda atada como un moño. Con esa mueca al saludar y poner el primer pie al otro lado del umbral.

Tal y como yo ahora.

Las luces dentro de algunos departamentos asoman hacia el patio. Oigo un equipo de sonido y el rumbar de la lavadora.

—En esta de aquí vive una costurera. No te imaginas lo lindas que son sus prendas. La falda me la regaló ella. Y no ves lo

fresca que es. Tiene una tienda muy linda aquí a unas cuadras. Tendrías que pasarte a saludar —dice, con la vista puesta en el B.

Luego señala hacia el C, del otro lado del pasaje. La de unos maestros y sus dos hijas. Las cortinas apenas corridas muestran una pizarra repleta con dibujos de monigotes.

También estaba el anciano del A que sigue en el bar de canosos de la esquina, según ella.

Aparentemente no hay muchos lugares para salir aquí para gente como yo, pero si una librería y una pequeña tienda de incienso y lociones al frente, si es que me interesa algo de eso.

Así que de ahí viene el olor.

Sonrío, porque seguramente Rine tenga charla para rato. Lo que no le queda es tiempo antes de llegar al departamento. El D, desde donde me llega el aroma del pollo en mostaza.

Estoy por decirle que no debería haberse molestado, cuando ella me empuja hacia el comedor. Mi cuerpo, que creí de un hombre adulto, de repente adopta la constitución de un muñeco de trapo, y así pierdo control de mis pies. Mi bolso se balancea, y apenas acierto a dejarlo antes de caer en la silla.

La brisa nocturna atraviesa la sala y se lleva el calor de la cocina. Por la ventana veo a la otra calle, con su barandal y las copas de los árboles que crecen en el parque.

—Buena vista.

—Hermosa, pero por esto no me dejo aquí la vida, cariño, en cuanto te acomodes me vas a decir adiós por un rato. Ya tengo un viaje planeado.

—Tan pronto... ¿a dónde?

—Donde te meterían en la cárcel si vieran eso. —Señala la espada de Damocles de mi antebrazo. El tatuaje sigue hacia arriba, en finas líneas negras, pero lo cubre mi manga—. Veamos, sabía que me faltaba algo, traeré el vino.

—Me quedará dormido.

—Tomas lo que yo te sirva. No seas como Tatiana, que si fuera por tu madre seguirías en casa. Es la primera vez que viajas lejos, ¿cierto? Ante la duda tú haz como si la “s” no existiera. Luego están todas esas palabras que usan los chicos que van a matar el castellano.

Me encojo de hombros, muy consciente ya de que me van a notar cierto acento ir y venir. Un poco traído de las conversaciones con ella, otro de las novelas que veía con mi madre, otro tanto de plataformas, series, y por favor, que por más que lo intente a veces ni yo sé que mierdas estoy diciendo.

—¿Bueno el pollo? —dice, y deja el vino junto a la servilleta.

Asiento, con una sonrisa apretada en los labios, para que no se me resbale la mitad del plato que ya me he metido en la boca.

—Una pena que haya esperado tanto tiempo.

—Te crees que me pongo a cocinar a las seis. Querido, hasta las nueve no hay cena en mi casa, y que se quejen los pericos.

—¿Tiene aves?

—Es más fácil dejarlos a cuidado mientras estás fuera.

—¿Y los peces?

—Prefiero los mariscos.

—Como mascotas.

—¿Esas cosas son mascotas? Sólo nadan, siempre en el mismo cubito de vidrio lleno de su propia porquería. Me aburro con sólo verlos.

—No sé, las burbujas del oxigenador son hipnóticas.

—Hmm, vas a decirme que no es patético que un pez se ahogue sin ese artilugio. Si te interesa, uno de los del primer piso tiene un acuario. Cuando limpia esa porquería se arma un circo de tinajas al rededor de la fuente. No, ya te digo, aquí hay aves como mínimo.

Asiento y ella se arrellana en la silla. Levanta el borde de su cabello que le llega hasta los hombros y con un abanico aleja el

aire cálido de finales de verano. Su cuello es largo y delgado, al igual que sus dedos de uñas barnizadas. Aparentaría quince años menos si no fuera por la textura de su piel.

Aunque dudo que a Rine le importe, demasiado entretenida para recordar el protector solar sin el que yo me quemaría vivo en esta ciudad. Me entretengo de pensar que finalmente logre tener un bronceado mientras la oigo hablar del hombre del departamento J. El señor Li es un oportunista de mediana edad que se la pasa buscando un buen negocio, y así está sin trabajo estable desde que lo conoce. Pero entre arreglar televisores, hacer entregas y reparar y vender objetos que encuentra, le alcanza para la renta, así que tampoco es su problema. A menos que pierda todo en una de sus partidas con Curiel, el del K. Un miembro condecorado de la asociación de ajedrecistas nacional, que no se cansa de mencionar la vez que le ganó a... ni yo sé quién es, y eso que estuve en el club de ajedrez en la escuela.

Me termino el plato para cuando escucho que el G está en remodelación permanente. Con un bufido, dice que debería cobrar al menos un año de renta para poder repararlo, que de todos modos fue el mejor lugar que encontraron para instalar la nueva caldera, y le viene bien como baulero.

Me inclino a decir que no debería comprar tantas cosas en sus viajes, aunque también puede que el ángulo con el que me levanto de la silla sea culpa del vino. Hasta el panorama es embriagador, sólo espero no tropezar por los escalones luego de los tres cuartos de botella que me ha servido.

Saboreo los rezagos de la mostaza en los labios y tomo mi plato para cuando ella llega hasta Susana, la mujer del apartamento L, y su niño de tres años. Ella trabaja en el mostrador de la librería, intentando no prestar atención a Carlo, del F, que la observa desde el otro lado de su vitrina llena de inciensos y cristales. Río para mis adentros, con las manos en el fregadero.

De todas formas, Rine no cree que pueda acercarse más que eso, no con los mellizos del E, Estella y Esteban, de por medio. Esos pelirrojos lo fulminan con la mirada ni bien lo ven entornar los pies en su dirección.

—Se mantiene entretenida —replico, ni bien ella ríe por lo bajo, luego de asegurar que esos chicos son como dos perros guardianes. Y si no fuera por su hermano, la otra ya hubiera dejado al herborista sentado en la fuente.

—Es el trabajo. Suerte que la mayoría van y vienen, porque no puedo congeniar con los mismos clavos por mucho tiempo. Sin contar a las niñas, son una ternura —suspira—. Y la doctora del H... qué bendición, si no fuera por ella aseguro ya hubiera vendido esta covacha.

—Vaya, para que usted lo diga.

—Sí, pero mejor nos dejamos de tanto chisme por hoy.

El reloj marca las dos y me pesan los párpados. Por fortuna Rine lo comprende, y en cuanto me ve esconder un bostezo vuelve a levantarse. Oigo el sonido de unas llaves y veo que regresa con un pequeño juego en la mano.

—Aquí está lo tuyo. Cuídalas, ¿eh? No las pierdas en alguna alcantarilla que poco chiste me hace llamar al cerrajero. Ese tipo se las toma con calma y cobra como un joyero, y ni te cuento del plomero. Oh, con lo que llovió el año pasado se habrá hecho su tercera casa. Ven, ven. Antes de que te caigas dormido en la silla. Todavía tengo que enseñarte el resto.

Tomo el llavero y me levanto con rezago. Para cuando vuelvo a calzarme el bolso ella está en la escalera.

La luz amarilla de la lámpara que cuelga a medio camino ilumina los escalones gastados en torno a un hueco por el que sube una planta de caña.

En el barandal del primer piso cuelgan un conjunto de maceteros enmalezados. Ella señala hacia una punta, antes de cruzar

por el puente sobre el patio. Un par de sillas se acomodan junto a una mesa de ajedrez. Ella se detiene por un momento, y yo oigo un rumor.

—Es noche de juego.

Una vieja bicicleta se acomoda al final del recorrido. Es de un vibrante color amarillo, alta, de buena calidad.

—¿Interesado?

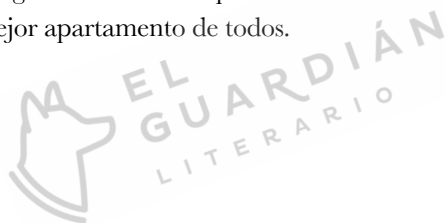
—Estaba pensando conseguirme una.

—Entonces habla con el señor Li. Hace poco la arregló. Eso sí, no esperes que te la deje a precio a menos que le vaya bien en la partida de hoy.

—¿Y le irá bien?

—¿Contra Curiel? —dice, y de inmediato aprieta esa sonrisa torcida y dirige mi atención a la puerta con una I metálica encima.

—El mejor apartamento de todos.



Tenía una habitación de una ventana pequeña. Veía la ropa secar, los cables y antenas de televisión, y los nidos de las aves.

Mi cama reposaba bajo el alfeizar, y en invierno solía despertarme el frío que filtraban las rendijas.

Entonces, con el sueño fuera de mi alcance, me quedaba absorto, con la vista en el armario. En su puerta entreabierta de cerrojo roto. En retazos de tela iluminados por la luz fantasmal de la luna. Había imaginado duendes, monstruos y demonios esperando dentro de él. Pero para mi suerte el arcón junto a mi cama servía para guarecerme de esos peligros. Sólo tenía que abrir la tapa y abrazarme a los muñecos, esperando que no me encontrasen.

Me quedaba dormido allí, sin el coraje suficiente para salir antes que el sol. Por las mañanas mi madre me acariciaba la mejilla. Mi padre abría las puertas del ropero, e intentaba sellar la filtración con cinta.

—¿Qué tal? —dice Rine, en cuanto entro al estudio vacío.

Sonrío, las ventanas antiguas dan al parque. Los árboles frondosos son iluminados por las farolas de forma que sus hojas brillan como pequeños copos dorados. El suelo se siente firme, las paredes están recién pintadas.

—Perfecto, muchas gracias —digo, y ella deposita el equipaje junto a un colgador en la entrada.

—Buenas noches.

Asiento, y el eco de la puerta hace que espabile.

Dejo mi bolso sobre una pequeña mesa y me arrimo a la ventana. Abro las hojas tomado del viejo cerrojo de cobre. Las cortinas se inflan, el polvo del marco me pica la nariz. Los techos son altísimos, necesitaría de una escalera para cambiar las bombillas.

Una cocina a la que con suerte le cabrían tres platos en hilera se encuentra junto a la puerta, dividida por una partición con un colgador.

Paso mi mano por el borde redondo del espejo. En el reflejo estoy yo, las horas de vuelo hacen que mi cara se estire y mis ojos se entrecierren. Esta mirada, ya sé, se mueve peligrosamente entre quien quiere pelear y el que intenta seducir. Por suerte con el espejo no tengo malentendidos. Mañana me doy una ligera afeitada y me vuelvo a colocar el aro en la oreja. Debe seguir en mi bolsillo, con mi anillo, creo que la cadena la perdí en el control. Da lo mismo, era una baratija que gané en una feria. Ya quiero dormir.

Ahí el sofá cama. El departamento parece especioso, pero no sé que tanto termine de serlo cuando abra las maletas. Hay un armario allí en la pared detrás del sofá, y lo que debe ser la puerta al baño. No está mal, nunca me gustaron las tinas de todos modos. En el boticario hay un par de trapos y un frasco de medicina. Debería tirarlo, aunque me sirve de recipiente. Mente ahorrativa vale por dos.

De sólo pensarlo me da sueño. Espero que ese sofá sea la mitad de cómodo que mi antiguo catre, o que el piso en la casa de Gigi, qué maldito idiota.

Lo primero, cargaré el teléfono. Claro, adaptador; creo que Rine dijo que habría uno en el cajón de la cocina. Ajá, al lado de las telarañas, permiso chicas...

A ver dónde me dejé la planilla de horarios.

Ok, entonces mañana tengo que salir a las siete. Ocho, sí, ni siquiera sé cómo llegaré, pero tampoco tengo por qué pegar

madrugón. Si hay problemas puedo decir que mi vuelo se retrasó. Me creo que mañana no oiré el despertador de las siete, así que ni para qué ponerlo.

Esta clase es bastante concurrida. Me gustaría ver fotos, alguno subió una a su info de contacto. La profesora a cargo del curso se llama Becker. No tiene imagen de perfil, ni aparece en fotos del grupo. Supongo que no será muy sociable, bueno. Hmm, dicen que pidió licencia el último semestre, que va y viene. No sé si sea por soltera, casada o divorciada, pero me sabe a un problema por el estilo. Debería dejar las novelas.

Hace un mes le han puesto sustituto. Aj, ese tipo parece que se recibió ayer, qué sonrisa que lleva, dime que estás posando que no me entero. Bueno, al menos no tiene pinta a que vaya a arruinarme la vida...

¿Y el resto? Lo supuse, veinte años, con algún otro rezagado por ahí, puedo pasar entre ellos. Igual y a estos párvulos sólo les llevo seis años, nos entenderemos bien con una cerveza.

En el mapa sólo hay un bar cerca del campus, “El pasaje”. Las fotos se siguen, luego las recomendaciones. Por dedo gordo, aprieto un enlace y este me lleva a una noticia.

—¿Qué? —murmuro, bajo la luz del aplique.

Las cámaras del cruce filmaron el momento en el que una luz brillante iluminó el bar, y al siguiente, una lengua flameante salía por la ventana. Las cristaleras y el vistoso cartel azul del bar se ven consumidos por las llamas.

El pozo chamuscado debe seguir caliente, es de hace una semana. La dueña murió atrapada en el primer piso.

La Policía dice que no tiene indicios muy claros. Si fue un cortocircuito u otra cosa. La prensa habla de hechos recurrentes, de un ¿un incendiario? ¿Qué? ¿El lanzallamas?

Vaya si le pusieron apodo.

El siguiente bar no está sino a otras cinco cuadras. Tampoco se ve mal, espero que este siga en pie.

Era difícil de explicar. Podría ser el idioma, que los pasillos no iban señalizados, o que el edificio tenía el lugar perfecto para mirar al parque. Pero llegué tarde a la primera clase, unos veinte, o cuarenta... lo que sí sé es que ya estaban todos sentados. Y la puerta era tan pesada que crujió al abrirse. Ni modo, tampoco es que fuera a perderme la introducción. Así que ni bien hice acto de presencia, me deslicé silenciosamente hasta el primer asiento que conseguí.

Empecé a sacar mis cosas de la mochila sin entender ni una palabra, debían de haberse tapado mis oídos bajo los auriculares.

Mi cuaderno se deslizó, y la chica a mi lado lo tomó y oí al chico a su lado aclararse la garganta, como si pidiera silencio. Apreté una sonrisa, y susurré un “gracias”. Entonces noté que ellos llevaban sólo su móvil y una tableta.

—¿Te perdiste? —murmuró, recién salida del instituto.

—¿Muy obvio?

—Nos pasa a todos el primer día. —Siguió su compañero, con el dedo sobre la tableta.

—¿Dijeron algo importante?

—Que cualquier vago que llegara tarde recibirá un castigo físico en el patio al final del día —dijo ella con la vista en su pantalla, sin notar que a mí eso me provocaba un incontrolable temblor—. Sólo se presentaron.

Miró hacia el frente, seis filas delante de nosotros, donde se er-
guía el docente. Un hombrecillo delgado, de traje, con la corbata
algo desarreglada, caminaba de un lado al otro, con las piernas
trémulas y las manos rígidas.

Tanto su discurso como su caminata iban en círculos, mien-
tras el calor de la sala hacía que le brillasen los pómulos.

Mi atención se dirigió luego hacia la mujer parada junto al
parlante del monitor. Becker llevaba un traje gris y un estuche
viejo con una tira de color rojo que parecía sacada de otro lado.

—¿Qué hace aquí? ¿Daré o no la clase?

El chico se encogió de hombros, ella asintió. Aparentemente
habían explicado que él llevaría las primeras clases bajo supervi-
sión, y luego la reemplazaría.

Hubiese pensado que de ya haber sido suplente sabría hablar
en público. Quizá fuera su maestra la que lo ponía tan nervioso.
La cara que hacía, de ojos vacuos, con las manos sobre el ma-
letín. Él las tendría peliagudas si no dejaba de dar vueltas sobre
lo mismo.

—Y tú también, ¿eh? —dice Rine dirigiéndose a mí, apoyada
sobre una de las paredes del pasaje—. A este ritmo no vas a ter-
minar de contarme cómo te fue hasta pasado mañana.

—Bastante bien.

—¿Cómo se llama esa chica?

—Belén.

—Bien.

Niego, con la cara hecha una sopa. Mejor o peor estoy ex-
hausto, este calor es una broma cruel, y aún dicen que queda más
de un mes para que la temperatura descienda.

En el patio corre una brisa bastante fresca, pero se me pega
la piel a la mesa de caño. Al menos el calor no es tan grave
como el de camino a la parada del autobús. El sol no llega aquí
a estas horas, apenas veo aquel destello sofocante en el primer

piso. Incluso las paredes se sienten calientes, me arrojaría a la fuente si no estuvieran los vecinos pululando.

El tipo del K, Curiel creo que era, juega al ajedrez con el señor del A, un viejo de ochenta años que se mueve como si tuviera cuarenta y una inconsciencia absoluta. El profesor del D está sentado bajo el ventilador de su sala, el resto volverá del parque en cualquier momento. El mellizo del E se pegó a la barandilla y hace rato que habla con la del L, con la vista puesta al otro lado de la pasarela.

—La puerta de la doctora —dice Rine, y yo sonrío.

—¿Qué tiene?

—Aún no la viste, ¿eh?

—Por como salí hoy, con suerte y vi los escalones al bajar.

—¿Pero no que llegaste tarde?

—Por tarado —rio, y al momento me da una punzada en la cabeza—. Si sigo así creo que me voy a insolar.

—Ahora tienes el culo en la silla. Termina la limonada y ve a ducharte con agua fría. Y sujeta tu cabello más alto, para eso te presté la pinza.

Asiento, con el cabello pegoteado sobre el rostro, y ella se airea levemente con un abanico de tela floreada.

—Estoy agotado.

—A ver cómo sea cuando consigas trabajo.

—Ah, eso, qué cuestión...

—Aún no me dices cómo te ha ido en la entrevista.

—Shh, suponer sobre esas cosas da mala suerte.

—¿Ah, sí? Mira que cosas, es la primera vez que oigo algo así.

Resoplo, con la mano posada sobre la mesa.

—Si supiera cómo me fue no estaría sudando como un cerdo.

Por suerte tengo otra en unos días, ya veremos. Puede que mis padres me paguen el alquiler, pero seré abstemio hasta que me consiga algo. Ah, más vale que me apure, o me voy a quedar sólo y sin amigos.

—Qué contrariedad.

—Ni te lo imaginas. Aunque contigo me la pase bien, Rine...

—Vete a la mierda —ríe, y me golpea con el costado del abanico—. Iré por más limonada, te invito a cenar, pobre diablo.

—¿Qué haría sin ti?

Ella me guiña un ojo y se va. Creo oír a las niñas acercarse por el camino, me miran de reojo con ese brote de curiosidad que les nace a los pequeños cuando ven a un tipo de cabello largo con un broche de señora, y entran hablando entre ellas. El vecino guarda las notas y las coloca en su bolso. Enciende las luces de la sala y corre las cortinas.

Escucho maullar a un gato, agazapado junto a las macetas de la puerta B. Rine dijo que a Daniela veces se le pasa la hora de alimentarlos y por eso “las alimañas” andan de tan pocas pulgas.

La partida de ajedrez parece que va para largo, el del K enciende un cigarrillo y el del A se ajusta los lentes y se inclina sobre el tablero.

La del L debió de haber regresado a su tienda, pero el del E todavía está atento al otro lado del edificio. Con la espalda contra la columna, sus ojos se mueven lentamente hacia las escaleras.

El gato vuelve a gruñir, y yo sonrío, a punto de pedir a Rine un pedazo de pan, cuando una sombra aparece por el costado de mi visión.

Una mujer alta, de cabello oscuro, vestimenta sobria, ni tan apabullada como la de aquella profesora, ni tan pretenciosa como la del sustituto. Me hace difícil hacerme a una idea de su edad, ya que no hallo marcas en torno a sus ojos, ni en sus mejillas. No tiene manchas por falta de sueño, ni pecas por el sol o el tabaco. Y al mismo tiempo, una idea no deja mi mente. Ella es mayor que yo. Lo sé con una certeza incomprensible, que al observarla no encuentra solución.

Ella camina con un bolso negro cruzado del lado derecho, su mano reposa sobre la solapa de cierre plateado. Al verme, me saluda con un leve movimiento de cabeza.

Yo lo emulo y la sigo con la mirada. Como continúa y pasa de la fuente en la que se asoma su reflejo, atraviesa las rejas y se detiene junto a la entrada. Unas manos salen de la librería, y le entregan un recado.

Ella lo mira de costado y lo guarda con una sonrisa. Baja por los escalones, uno a uno, sin producir el menor ruido. Hasta que finalmente desaparece.

Trago, con la garganta seca, y respiro profundo. Me pesa el pecho, debe hacer demasiado calor. Limpio el sudor que me había bajado por el rostro, y entonces siento el aroma proveniente del plato que Rine lleva consigo.

—Tú tienes tanta hambre como esos rapaces insoportables —dice, al ver que el gato finalmente había salido de su escondite y se le pasea entre las piernas—. Toma, toma, maldita sabandija, que no lo sepa tu dueña.

El gato come las migajas de pan con gusto y luego se limpia los bigotes en mi pantalón.

—Tanto gruñido y resulta que le caigo bien —replico, tomando al animal por debajo de las axilas, que se estira como un acordeón—. ¿Siquiera qué estado de la materia es este?

—Deja, son unos bribones mal portados. Sólo quiere que lo alimentes. Shu, vamos, ya tienes lo que viniste a buscar.

—¿Soy yo o no le caen bien los pobres gatitos?

—¿Gatitos? Bestias salvajes... debería poner una perimetral. Si hace poco que uno se quiso comer al perico —dice, con los ojos clavados en el felino—. Si no fuera por la doctora, el tipejo lo hubiese desplumado al pobre perejil.

Mi mano se desliza por su cuello antes de que este reaccione y haga carrera hacia el B. Me pregunto qué lo habrá poseído,

mientras me acomodo en la silla y miro hacia el abanico arrinconado.

La doctora debía ser la mujer que acababa de ver. Difícil imaginarla tratar de separar a un gato de un perico.

Difícil, ya que de un segundo a otro su rostro empieza a diluirse en mi mente. Quizás esté muy cansado, ya que lo único que me viene a la mente ahora es ese leve movimiento de cabeza, y el hueco que sentí en mi pecho.

